

SAHARA OCCIDENTAL, ESTADO DE TORTURA (IV)

A lo largo de los cinco años en los que viví en El Aaiún no recuerdo que un retrato de Franco estuviera expuesto en otros lugares que no fueran los correspondientes a organismos oficiales, entre ellos el I.E.S. "General Alonso" y la escuela "La Paz", claro. Pero no recuerdo haberlo visto nunca en bares, tiendas u otros establecimientos. Ni siquiera en el Parador Nacional, hoy hotel "Parador", construido en los 60 de siglo pasado, siendo Fraga Ministro de Turismo. De la antigua elegante suntuosidad de sus espacios interiores se conserva muy poco: las alfombras son las mismas y están lamentablemente desgastadas, casi raídas, y el tapizado de los pocos sillones que quedan brilla, a punto del agujero. A la alegría que acogía sus salones no le puede hacer eco la gravedad silenciosa y triste de unos pocos hombres de negocios, animados por el clic de los teclados de sus ordenadores portátiles. Sin embargo, sigue siendo agradable tomar una cerveza en el patio central, solos Blanca y yo, por más que el pequeño estanque esté seco. O sea, que nada justifica que cueste 140 euros por noche la habitación doble. Imagínense cómo es la fotografía de Mohamed VI que preside la recepción. En todas las ciudades por las que hemos pasado no hay establecimiento, por pequeño y ruin que sea, donde no se exhiba una fotografía, o dos, o tres, solo o en familia, con chilaba y turbante o con chaqueta a rayas y visera, del rey alauita.

Tampoco recuerdo haber visto nunca una fotografía de Franco en las calles de El Aaiún. No ocurre lo mismo con la fotografía del rey de Marruecos. En las ciudades del Sahara Occidental, en especial en El Aaiún, su exhibicionismo es tan excesivo que provoca el hartazgo. Son decenas las fotografías de gran tamaño, colocadas en alto, que penden sobre las cabezas y los corazones de los saharauis. Pueden albergar una virtud esas fotografías, y es la de que si algún saharauí siente la tentación de comer carne de cerdo, con mirar la foto del rey de Marruecos, la vence, pues en algunas poses se parece tanto al prohibido animal que se les quitarían las ganas.

Bromas aparte, esa batería de fotografías de enorme tamaño pretende actuar sobre el inconsciente de los saharauis como proyectiles de mortero sin posibilidad de contraatacar con una descarga de huevos y tomates, pues a cambio castigarían sus genitales con descargas eléctricas de gran intensidad en cualquier mazmorra, o en plena calle.

Y no es broma. Nos contó Bachir Azman Hosein que hubo una época en la que los saharauis debían comprar la foto del rey y colocarla en lugares visibles de sus casas, siendo frecuente que miembros de las distintas fuerzas policiales y militares ocupantes asaltaran sus domicilios, y si no se veía el retrato de Mohamed VI, saqueaban la habitación y se llevaban detenidos a algunos, cuando no a todos sus moradores.

Los saharauis que malviven en los campamentos de refugiados, cuando menos, no están sometidos a esta suerte de tortura, que pone a prueba la capacidad de resistencia, en el afianzamiento de su identidad nacional, a los

saharauis que malviven en los territorios ocupados, y que les obliga a un vivir esquizofrénico.

También, y quizá sobre todo, los niños saharauis de los territorios ocupados están escolarizados en peores condiciones que los niños de los campos de refugiados, y no sólo porque están en minoría respecto de los alumnos marroquíes, lo que propicia un trato negativamente discriminatorio por parte de los profesores y de los propios compañeros, discriminación por la que fácilmente llegan a ser expulsados y privados de sus estudios si participan en manifestaciones, solos, si son mayorcitos o, si son pequeños, acompañando a sus mayores.

Pero, siendo esto condenable, el estado de ocupación lleva a confundir en el ánimo de los niños la percepción de la realidad, porque no se le enseña otra realidad que la que representa el individuo de las desmesuradas fotografías que vigilan la ciudad desde lo alto. Así, se les enseña que el Sahara Occidental es, y siempre fue, la provincia del sur de Marruecos. Así, se falsea la historia: ellos, los saharauis, no son sino marroquíes que anduvieron descarriados durante demasiado tiempo, como les dijo paternalistamente Hassan II en el discurso por el que anunció en octubre de 1975 la inminencia de la *Marcha Verde*, pero que él les libraría del error, él les perdonaría y les llevaría por el buen camino al redil de la marroquinidad. Así, obligan a los niños saharauis en la escuela a aprender de memoria y cantar el himno nacional marroquí, que es, además, objeto de examen. Cuando los niños salen de las aulas y la quieta omnipresencia en distintas posturas les mira desde arriba, creen que todas las patrañas que les han contado son objeto de fe. Hasta que llegan a sus casas y sus mayores les dicen que no, que ellos no tienen rey, sino Presidente, que no son súbditos de un rey despótico, sino ciudadanos de una República dirigida por un Presidente, cuya autoridad es unánimemente aceptada. Que deben memorizar el himno marroquí en sus cabecitas para aprobar el examen y no ser castigados, pero que no deben hacerle un lugar en sus corazones, porque no es el himno de su país. En definitiva, que el Sahara Occidental es un territorio no autónomo, abandonado y traicionado por España e invadido, ocupado y masacrados sus dueños por Marruecos, y que está a la espera de que la comunidad internacional se digne aplicar la legalidad, y la historia haga justicia.

Si alguno de esos niños consigue superar la confusión que bulle en su pensar y en su sentir, termina los estudios secundarios y accede a la Universidad, es norma que no se les permita acabar sus estudios superiores. Podrán llegar hasta el último curso, pero de este no pasarán. ¿Hay en España algún médico, periodista, etc., saharauis que no procedan de los campos de refugiados, tras sus estudios en Cuba, en Argelia, incluso en España?, aunque lo parezca, la pregunta no es retórica.

A esta tortura psicológica, a través de la enseñanza, no están sometidos los niños de los campamentos de refugiados. Todos están escolarizados y a todos se les enseña la verdad sobre su pueblo, mediante lo que se da forma a una conciencia nacional inequívoca, sin ambigüedades ni confusiones. En los campos de refugiados no se alza la fotografía de un rey. Tampoco la de su Presidente, que tiene su lugar en las dependencias oficiales, como en todos los países del mundo, menos en Marruecos y en el Sahara Occidental.

(En Dakhla, donde el número de habitantes saharauis es muy inferior al de El Aaiún, tanto en términos absolutos como en relación con la población marroquí, también la fotografía del rey en las calles se prodiga menos. Sobresale el gran panel levantado en la Avenida Al-Walae, a un lado del lujoso hotel "Sahara Regency". Por supuesto, no falta en ningún establecimiento. Hay en Dakhla un bar-restaurante, "Casa Luis", en cuyos rótulos figura la leyenda "Comida española". Decimos bien, leyenda, ya que la paella tiene de tal sólo el arroz, y del pulpo a la gallega ni el pulpo es gallego. Claro, que la cerveza fría servida en jarra helada tiene un valor en sí misma, y vaya lo uno por lo otro.

En su interior, frente al mostrador, elevando ligeramente la mirada pueden observarse los símbolos de lo peor por lo que ha pasado, y por lo que está pasando el pueblo saharauí, la personificación del origen y del mantenimiento de su sufrimiento: en una misma fotografía figuran dos reyes, juntitos y de cuerpo entero: Mohamed VI, de Marruecos -y I de España, por parentesco y por ladino- y Juan Carlos I de España -y O de Marruecos, sólo por boludo. En ordinales romanos gana el alauita al Borbón por goleada, 7-1. Se quieren como familiares que dicen ser, pero ¿quién es el "primo"?).

Blanca González Santos
Fernando Llorente